<< BRONTEZ PURNELL LO ES TODO.>> *GRANTA*

JOHNNY, ¿ME QUERRÍAS SI LA TUVIERA MÁS GRANDE?

BRONTEZ PURNELL

NOVELA

BRONTEZ PURNELL

JOHNNY, ¿ME QUERRÍAS SI LA TUVIERA MÁS GRANDE?

Traducción de Juan Trejo

temas de hoy

Título original: *Johnny Would You Love Me If My Dick Were Bigger*

© Brontez Purnell, 2017
Publicado en inglés por The Feminist Press, Nueva York, en 2017
© por la traducción, Juan Trejo, 2019
Corrección de estilo a cargo de Leonardo Holguin
© Editorial Planeta, S. A., 2019
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-9998-715-6
Depósito legal: B. 29.805-2018
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SEXO CON YONQUIS

Yo era un camarero estadounidense que se aburría en el trabajo. Durante los últimos dos años y medio he sufrido los efectos de una profunda depresión. Después de dormir dos horas me desperté sintiéndome como si Dios me hubiese dado una paliza. Casi pierdo el tren BART de las 00:05 al centro de la ciudad. Nunca dormía porque sabía que estaba condenado a estar siempre cansado. Me puse crema hidratante y salí de casa sin hacerme una paja. Hacía demasiado tiempo que trabajaba en el mismo restaurante y me había acostumbrado a ciertas mierdas sórdidas.

Vi en *Milk* que hubo un tiempo en que San Francisco estaba plagada de tíos con barba (o bigote) y camisas de franela. Como si fueran clones. Odio la nostalgia. No creo que esa mierda fuera una rareza en el panorama cultural, porque sigue pasando. Todos los días. Por eso todas las noches antes de mi turno en el restaurante enciendo un cirio, vierto unas cuantas gotas de sangre de cabra sobre mi altar y entono mi

plegaria: «Voy a follarme y a matar y a comerme a todos los putos principiantes del distrito de Castro».

Todas las noches suena lo mismo por los altavoces, por eso después de pasar un montón de años escuchando una y otra vez la misma mierda, finalmente he sido capaz de decirme a mí mismo: «Odio a muerte a The Smiths». Cada vez que escucho una de sus canciones no puedo evitar imaginarme a Morrissey en una habitación, solo y pajeándose mientras llora.

No sé si la sensación de no poder adaptarme es real o si me he comportado tanto tiempo como un *punk* que ya no sé cómo hacerlo; o si se trata de la mezcla perfecta de ambas cosas. Mi terapeuta me jode de lo lindo con ese tema. Me pregunta chorradas como «¿Es fácil ser uno de los pocos maricas negros en un océano de chicos blancos?», o «¿Te resulta difícil ser pobre en una ciudad tan rica?», o «¿Crees que esas circunstancias condicionan que salgas con cierta clase de personas o con las que te gustaría salir?». Siempre he querido evitar las preguntas sobre raza o clase social porque las auténticas respuestas a esas preguntas nunca me han resultado útiles. Por eso también siempre he creído que si las ignoro y tengo un poco de suerte, esas preguntas se esfumarán.

Las auténticas respuestas no son menos ciertas que las respuestas con las que he tenido que ir tirando: no es que no encaje por ser negro, no es que no encaje por ser pobre, no encajo porque deseo con todas mis fuerzas matar y quiero encontrar a tíos que sientan lo mismo que yo, porque sé que están ahí fuera.

No tengo pareja, y todas las parejas salen por ahí los sábados por la noche. Odio ver a gente en pareja porque me hacen sentir solo. No es que eso me baje la moral, en absoluto, porque he follado con demasiados tíos emparejados

como para dudar de mi atractivo, lo que ocurre es que mi niño interior no quiere que sienta que el mundo es un lugar injusto o regido por teorías conspiratorias. A lo mejor es por mi manera de vestir. De camino a la cocina para pillarme una hamburguesa me miro en el espejo de cuerpo entero y después de haber puesto a parir a todos esos tipos clonados, me veo obligado a admitir ciertos defectos en mi manera de entender la moda. Porque me visto igual que un estudiante gilipollas de Berkeley de alguna época indeterminada de mediados del siglo XX. Y yo odio la nostalgia. Es decir: llevo unas gafas aburridas, unos zapatos negros aburridos, una camisa blanca aburrida y unos malditos pantalones caquis... aburridos. Entonces me digo: «Pero ¿quién coño lleva pantalones caquis?». Básicamente visto igual que lo hacía en primaria, aunque ahora estoy dispuesto a perdonar a todos los abusones que me patearon el culo. Me visto como si fuese un cerebrito. Cuando llevas ropa de empollón la gente te echa un vistazo y a nadie se le ocurre pensar que eres un bicho raro. O que sientes deseos de matar. Es como camuflaje. Camuflaje urbano.

El problema cuando te vistes como un niñato de los años cincuenta (y además eres negro) es que puedes decirte a ti mismo: «Me visto al estilo clásico norteamericano», o «Soy moderno», o «Me visto como si fuese el negro de los Weezer», pero el resto del mundo no tiene tanto criterio artístico y todos esos turistas gilipollas de la Europa del Este o australianos o del Medio Oeste o los maricas clonados que pululan por el restaurante me ven más bien como Urkel. El puto Steven Urkel. Y eso duele. Una noche una zorra me llamó Urkel y casi me eché a llorar, pero entonces recordé que como estábamos en el futuro podría salir bien parado si le daba una hostia a una mujer blanca. Pero no lo hice. Porque ¿y si me

devolvía el guantazo? ¿Qué haría yo entonces? No tenía tiempo para peleas igualadas.

Quince capullos cruzaron por la puerta del restaurante y sufrí un ataque de pánico. Diez más entraron después, y como me pasa siempre, ignoré mis necesidades emocionales y me centré en hacer bien mi trabajo. Pasa el apuro y justo después llega lo bueno. Entra Michael acompañado de Johnny. Johnny y yo follamos hace una semana y le dije, para gustarle más, que conmigo no tenía que usar condón. Ahora me siento audaz y le pregunto por qué no me ha llamado y él me responde, directo como un puñetazo: «Porque su polla es más grande». Me gustaría cabrearme, pero tengo que reconocer que no puedo rebatir ese argumento. Respecto a lo de preocuparse por cosas que no puedes cambiar, mi madre siempre me decía: «Tus brazos son demasiado cortos para boxear con Dios». Por lo visto, mi polla también lo es.

A la mierda. Voy a ponerme ciego. Le compro un poco de cocaína mierdosa al cocinero, salgo de allí a las cinco de la madrugada y me voy directo al aparcamiento del Travelodge en el distrito de Castro. Pero ¡sorpresa! ¡La coca no es tan mierdosa como creía! ¡Es coca de la buena! ¿O es *speed*? Nunca me había sentido igual. Sudo, me falta el aire, la tengo dura y estoy solo. Solo de cojones. Le entro a un tío de esos que dan la impresión de haber probado todas las drogas del mundo. Me lleva a una habitación en el Lodge en la que están otros colegas suyos y por la que parece que haya pasado un tornado. Hay porquería por todas partes. Da la impresión de que si caminas por ahí un rato podría morderte una serpiente. El tío me dice que no tenemos por qué quedarnos y que él se pira al Fillmore. De camino a su apartamento descubro varias cosas:

1. Es batería.
2. El jazz es lo suyo. Es lo suyo de verdad.
3. Toca la batería en una banda de jazz de Berkeley y
4. le gusta chutarse.

Antes de entrar en su apartamento me dice como si nada: «Tengo que chutarme antes de follar». En un primer momento me da corte, pero entonces recuerdo que puedo hacer lo que me salga de los cojones. Es demasiado tarde para intentar follar con otro; ese barco ya ha zarpado. Pone un disco de jazz y mete la jeringuilla en una taza con agua y me dice: «No bebas de esa taza», y a pesar del limitado conocimiento que tengo de su «estilo de vida» recuerdo el bocadillo que sale de mi cabeza donde se lee «Mierda peligrosa».

Empezamos a follar y, como el animal que soy, voy directo al grano. En plan: «Sí, toma mi pollita, puto yonqui. ¡Tú no tienes futuro y yo tampoco!». En mi interior no dejo de reír nerviosamente, como una adolescente, cuando de repente me dice: «Mi compañera de piso está al otro lado del pasillo. Está gordita. También podemos follar con ella». ¡¿Cómooo?! ¿Realmente ha dicho lo que acabo de oír? Lo cierto es que cuando le estás dando por culo a un yonqui al que acabas de conocer, no tienes energías para escandalizarte por nada. Ese tío es un idiota integral. El sol ya ha salido y me dice que le gusta mi ropa y que podríamos ser novios. Hago una proyección mental de la escena. Me veo en el Fillmore con mi novio, el batería de jazz yonqui, follando mientras escuchamos discos de jazz, vestido como un estudiante gilipollas de Berkeley de los años cincuenta... Que le den. Toda esa mierda beatnik... Odio la nostalgia. Salgo a toda hostia del apartamento, en pelotas.

Epílogo

Tres días después de que Johnny me dijera que quería más a Michael (porque su polla era más grande) empecé a sentirme mal de verdad. Lo primero que hice fue darme atracones de comida, después me hice cortes, aunque finalmente recuperé el control. Hice un poco de yoga, me blanqueé el ojete, me hidraté la piel, me puse unos calzoncillos de licra Calvin Klein, unos Levi's negros, unas Adidas negras, unos guantes negros, cubrí mi cara con pintura deportiva negra (como Left Eye de los TLC-RIP) y me encasqueté un gorro negro. También llevaba puesta una cadena de oro y un pendiente con un diamante. Me rocié con Obsession de Calvin Klein. Podía parecer un ladrón o un miembro de los Black Bloc. Era el momento de hacer justicia. Agarré una bolsa de deporte negra y metí una cuerda negra con un garfio enganchado en la punta y también un ladrillo con una nota. Esnifé un poco de éxtasis para calmarme (del que me había sobrado de la noche anterior) y me monté en mi bicicleta camino del apartamento de Johnny. Encadené la bicicleta y utilicé la escalera lateral para llegar hasta lo alto del edificio de cuatro plantas. Una vez allí, encajé el garfio y descendí con la cuerda haciendo rápel por el otro lado del edificio hasta llegar al suelo, desde donde pude observar la ventana de su apartamento, en la segunda planta. (Podría haberme limitado a rodear el edificio por la acera, pero soy un adicto al drama y a los garfios.) Recité una plegaria en honor a Ogun (el dios africano de la guerra) y con una determinación a prueba de todo y una destreza alucinante, atravesé la ventana de Johnny con el ladrillo. Me puse a reír como un loco mientras regresaba corriendo a donde había dejado la bicicleta. Imaginé la cara de Johnny cuando leyera la nota que llevaba el ladrillo (escrita

con ceras de colores): «Johnny, ¿me querrías si la tuviera más grande?».

(Dos meses después, Johnny me perdonó y rompió la ventana de mi apartamento con un ladrillo que llevaba una nota que decía: «Sí».)